

SALUDOS A VANDOR.

VIDA, MUERTE Y LEYENDA DE UN LOBO;

de Santiago Senén González y Fabián Bosoer,

Buenos Aires, Ediciones B Argentina para el

sello Javier Vergara editor, 2009.

Alejandro Moreira

Universidad Nacional de Rosario y

Universidad Nacional de Entre Ríos

«Augusto Vandor no cambió, es cierto, la historia de la época, pero le fijó un sello distintivo, como las heladeras SIAM, los automóviles Di Tella, Citroen 2 CV y Torino. Fue el único dirigente sindical cuyo nombre se convirtió en ideología, el «vadorismo» con sus significados polivalentes y controvertidos... Fue además el único dirigente que se atrevió a enfrentar a Perón e imaginar la formación de un renovado partido laborista».

Tal es la premisa con la que Santiago Senén González, autor de numerosos estudios sobre sindicalismo, desde el temprano *Ejército y sindicatos. Los setenta días de Lonardi*, publicado con Juan Carlos Torre hacia 1969, y Fabián Bosoer, periodista de *Clarín* y profesor de la Universidad de Buenos Aires, emprenden el relato de la vida de Augusto Timoteo Vandor, desde su nacimiento en 1923, en Bovril, al norte de la provincia de Entre Ríos hasta su asesinato el 30 de junio de 1969.

Saludos a Vandor relata con una prosa adecuada, que sigue la dinámica acelerada y abrupta de la época, la llegada de

Vandor a Buenos Aires, su primer trabajo en la marina de guerra y más tarde su ingreso a la Philips en el barrio Saavedra, que junto con FAPESA y CATTITA eran las empresas más importantes del rubro en el país. De inmediato, su primer cargo como delegado en 1951, y su ascenso como líder primero de la UOM y más tarde de las 62 organizaciones y de la CGT, hasta su muerte. Una secuencia que se abre ya durante el primer peronismo y la resistencia peronista hasta que, en 1960, un cambio de giro instala otra política, la que pasa por la construcción de un poder sindical cuya consigna consiste en «golpear y negociar». Se consolida entonces una burocracia que se ubica en una suerte de transición entre la vieja guardia sindical y los futuros sindicalistas empresarios, a lo que se agregan los caballos de carrera, los matones a sueldo, un Mercedes Benz parado en la puerta de la UOM capital, etcétera. He aquí lo que sus opositores, entre ellos Rodolfo Walsh, llamarán vadorismo y denunciarán como traición al movimiento obrero.

En el plano político se suceden la relación con Frondizi, la oposición a Illia, el frustrado regreso de Perón en 1964, los ominosos vínculos sindicales con las fuerzas armadas y el apoyo inicial al gobierno de Onganía, el Cordobazo, las diferentes divisiones internas en la UOM, en las 62 y en la misma CGT, hasta el misterio que rodea su asesinato.

La sucesión de acontecimientos es también la de infinidad de nombres que dejarán de una manera u otra su registro en la historia de la Argentina reciente. Algunos conocidos como Alzogaray, Lanusse, el Che Guevara, Perón, John William Cooke, o Cafiero; otros previsibles como los sindicalistas Rucci, Framini, Alonso, Rosendo García; también desfilan los entonces jóvenes represores que culminarán su tarea años más tarde, como los comisarios Margaridi y Villar, o el coronel Cáceres Monié, y también aparecen nombres inesperados como el de Nahuel Moreno, asesor de Vandor en temas sindicales.

La clave del personaje que proponen Senén González y Bosoer se lee en la página 87: «Vandor se aferraba a un realismo descarnado antes que a los grandes programas y los problemas estratégicos. Sobreestimaba, en cambio, las posibilidades de la táctica. Consideraba que la acción política y reivindicativa de corto plazo era la que podía llevar a defender los derechos de los trabajadores y mantener el poder del movimiento obrero. Su principal debilidad podía consistir, en todo

caso, en que esa extraordinaria intuición que tenía en la coyuntura podía limitar su capacidad para apreciar con suficiente profundidad el mediano plazo». En efecto, de la lectura de *Saludos...* se concluye que el vandomismo más que una expresa adhesión a una ideología o una política determinada es un modo de gestión del sindicalismo. Contra las tendencias de la época que interpretaban los acontecimientos encontrando sentidos y voluntades predeterminadas (sin contar las teorías conspirativas), se diría que la saga de Vandor se explica más por la sucesión azarosa y contingente de la política, que lo llevó a distintas situaciones no siempre buscadas. Ello no inhibe que *Saludos* acierta a describir una cierta deriva en el itinerario final de Vandor, quien habría en cierto modo sobreestimado su propio poder para terminar desatando fuerzas que lo excedían. En todo caso, *Saludos...* parece plegarse a la opinión de Eduardo Luis Duhalde, una de las fuentes del libro, abogado de la UOM en los años 60, quien consideraba que Vandor era esencialmente un laborista, «un socialdemócrata obrerista que veía la política como el arte de la negociación, y, al acto de negociar, como un hecho posible sólo desde posiciones de fuerza».

Lejos de cualquier academicismo, *Saludos a Vandor* es un texto expresamente destinado a un público masivo. En cuanto a su contenido, sin embargo, se aleja de los lugares comunes y protocolos de

uso corriente que forjan los parámetros de géneros tales como el periodismo de investigación o la llamada literatura de no ficción, y en este sentido debe advertirse que este libro no busca prioritariamente develar misterios en clave detectivesca sobre la vida o muerte del personaje (por caso, el crimen de Vandor), ni promete novedades estruendosas, sino una refinada lectura de las cosas. En otras palabras, a diferencia de tantos otros trabajos análogos llegados recientemente al mercado editorial, *Saludos a Vandor*, no busca convertirse en best-seller, se trata de un ensayo historiográfico, atado a las fuentes y testimonios del período, que fiel al registro biográfico adoptado se asienta en la creencia de que es en una vida –y por tanto en su historia– donde se condensan y expresan las múltiples tensiones que constituyen el entramado mismo de la realidad, es decir el sentido de una época. Quizás esa vida no exprese necesariamente actitudes colectivas, en cualquier caso sólo en ella, siguiendo su estela, se puede aprehender el curso de la historia. A tal punto este acento en la dimensión biográfica, que las últimas páginas del libro delinean, sobre el perfil del personaje central, otro que nos presenta al joven nacionalista Dardo Cabo, hijo de un estrecho colaborador de Vandor, líder del operativo Cóndor, periodista de la revista *Extra* dirigida por Bernardo Neustad (y en tal caso redactor de informes de inteligencia), y luego miembro de Montoneros (presun-

to responsable del asesinato de Vandor, o seguro culpable, si hemos de creer a la revista *El Descamisado* que el mismo Dardo dirigió), asesinado finalmente en 1977. En la oscuridad de esa vida se lee la tragedia de la época.

En cuanto al resultado final: por un lado, la ausencia casi total de referencias que ayuden a contextualizar el problema tratado –el sindicalismo en los años 50 y 60–, lejos de contribuir a simplificar el texto para volverlo más accesible al lector le quita más bien inteligibilidad –situación tanto más sorprendente si se tiene en cuenta que aquellos años han sido abundantemente tratados por la sociología política, el análisis económico e incluso por la historia política–: este es el período que Tulio Halperin Donghi llamó *La larga agonía de la Argentina peronista*. En contrapartida, la estrategia narrativa adoptada alcanza a capturar el espíritu de aquella década en toda su ferocidad, restituyéndole una dramaticidad que difícilmente se obtenga por otros procedimientos. He aquí el éxito de *Saludos a Vandor*, su verdad.

El libro reproduce, entre una serie de fotografías de época, una muy reciente, la de una pintada callejera del año 2008 que aludiendo al pasaje del actual vicepresidente de la nación del oficialismo a la oposición, reza: «Cobos traidor, saludos a Vandor». Como es evidente, se trata de un remedo de otra amenaza célebre –y efectivamente realizada– que, recordemos, decía «Rucci traidor, saludos a

Vandor». Remedo, advirtamos, que hoy carece de toda vigencia; se trata más bien de un arcaísmo de alguna mente afebrada que difícilmente encuentre interlocutor: podemos apostar que la inmensa mayoría de los transeúntes desconoce por completo el nombre Vandor.

Tal es por lo demás el sentimiento que experimentamos de la lectura del libro: cierta ajenidad por una historia que parece demasiada lejana, como si hubiera ocurrido en otro mundo, cuando la UOM y con ella el sindicalismo era un actor insoslayable de la política nacional. Una historia que estalló en Ezeiza, en ocasión del regreso definitivo de Perón al país. En suma: un pasado remoto que, por lo

demás, difícilmente provoque nostalgia. Pero apenas esa primera aproximación se modera, la reflexión puede sobreponerse al torbellino de acontecimientos y descubre ciertos sentidos que aún perduran. Tal es, decíamos, la gran virtud de *Saludos a Vandor*: haber logrado restituir la dramaticidad de una época signada por la lucha, traiciones, venganzas, internas e internas de las internas, un mundo que más allá de sus aristas violentas que marcan su singularidad nos habla de una manera de entender y ejercer el poder que no parece tan inactual, más bien se diría que ayudan a comprender al peronismo (que en última instancia es siempre el verdadero enigma), es decir a pensar nuestro presente.